

Los párrafos del corazón

José González Núñez

Ángel Martínez Gutiérrez

“Me gustan los párrafos del corazón,
lo demás es literatura...”
(Dionisio Cañas)

El corazón, en cualquiera de los significados que permite la palabra, aparece frecuentemente, como protagonista o como referencia, en la ficción literaria, en dramas y novelas, en cuentos y poemas. La polisemia permite, como en pocos otros casos, el juego y la metáfora, la búsqueda del otro y el viaje interior, lo físico y lo espiritual.

Como el canto rodado en el lecho de un río, el corazón –y con él, sus mitos, sus símbolos, sus significados, sus interpretaciones científicas y artísticas– ha adquirido a lo largo de los diversos y numerosos meandros de la historia de la literatura su redondez y perfección. Pocas trabazones tan fecundas existen en el telar del humano vivir como las formadas por la literatura y el corazón humano –“estancia dorada en la que mora el placer, aunque, en apariencia, la vida pueda no ser más que un tosco montón de barro”– desde que algún escritor de espíritu inquieto nos dejara constancia precisamente en una tablilla de barro del doble sentido de la palabra corazón:

“Cuando –Gilgamesh– tocó su corazón, éste ya no latía.”

“Mi corazón está dolido a causa de mi amigo.”

Esta doble condición del corazón como órgano vital y fuente de sentimiento vuelve a aparecer muchos siglos después en el libro pedagógico por excelencia entre los últimos años del siglo XIX y primeras décadas del XX, obra del italiano Edmundo D’Amicis y titulado sencillamente *Corazón (Cuore)*.

Decía Alfred Polgar en su *Tratado sobre el corazón*, un “tratado paralelo” contenido en su *Vida en minúsculas*, que “corazón” es sin duda el sustantivo que el hombre civilizado ha utilizado con mayor frecuencia, sea grande o pequeño su vocabulario, y que si se censurara esta palabra, dejarían de existir las nueve décimas partes de la lírica. El corazón crea literatura. El cuento, la novela, la poesía, etc. no son sino diferentes expresiones del ansia del corazón por hacerse literatura. Pero, al mismo tiempo, la literatura inventa corazones. Por eso, el corazón, en cualquiera de los significados que permite la palabra, aparece frecuentemente como protagonista o como referencia en la ficción literaria, trátase de dramas o novelas, de cuentos o poemas. La polisemia permite el juego y la metáfora, la búsqueda del otro y el viaje interior, lo físico y lo espiritual.

Alfred Polgar fue un agudo observador que rehuyó de los lugares comunes, las certezas inamovibles y las aproximaciones rutinarias para crear imágenes y metáforas fuera de lo común:

“El corazón tiene forma de corazón, se suele comparar con un reloj y juega un papel importante en la vida, sobre todo en la vida sentimental. Es en ella el comodín, el depositario de todas las emociones, la lente en la que convergen todos los rayos, el eco de todos los rumores. Es capaz de las funciones más diversas. Puede arder como una tea, por ejemplo, puede dejarse colgado de cualquier cosa, igual que una chaqueta, y puede también como ésta desgarrarse, puede correr como una liebre perseguida,

detenerse como el sol de Gedeón o rebosar como la leche cuando hierve. Está verdaderamente colmado de paradojas.

La dureza de este objeto maravilloso oscila entre la mantequilla y la piedra berroqueña, o bien siguiendo la escala mineralógica, entre el talco y el diamante, se puede dar y se puede perder, cerrar a cal y canto o abrir de par en par, puede traicionar y ser traicionado, se puede llevar a alguien dentro de él (y ese alguien no tiene ni siquiera por qué saberlo), puede uno enterrarlo en cualquier cosa, el corazón entero en una quisicosa, en una nada del tiempo y del espacio, en una sonrisa, una mirada, un silencio. “Corazón” es sin duda el sustantivo que el hombre civilizado adulto utiliza con mayor frecuencia, sea grande o pequeño su vocabulario. Si se censurara esa palabra, dejarían de existir las nueve décimas partes de la lírica. Que corazón rime con pasión, igual que *coeur* con *doleur* o *Herz* con *Schmerz*, ha de ser algo más que pura coincidencia fonética y sin duda es símbolo de una relación particularmente íntima y frecuente.

Nuestras alusiones al corazón son casi siempre metafóricas, no sólo cuando hablamos, sino también cuando pensamos- Y mientras sea así, por muy en serio que vaya el asunto, no pasa de ser un juego, un juego variable en el que las pérdidas siempre pueden trocarse en ganancias. Lo malo de verdad ocurre cuando ya no se habla de él en símiles y metáforas, cuando las metáforas se retiran de él (igual que se bajan las máscaras cuando la fiesta toma un sesgo inquietante), cuando incluso los más osados y grandiosos de sus movimientos se vuelven irrelevantes y solo adquieren algún significado los que se pueden medir, los puramente mecánicos, cuando ya no cuenta su melodía, sino tan solo su mero ritmo. En tales momentos le queda ya poca poesía al pobrecillo. Deja de tener entonces la menor importancia para qué late, siempre y cuando siga latiendo. Nuestro noble corazón queda en este caso dispensado de cualquiera de las funciones fisiológicas que tiene en común con éste.

Y aún así, precisamente en tales momentos, cuando el corazón no juega más que el papel objetivo que le ha otorgado la naturaleza, cuando no ambiciona cada latido otra cosa que el siguiente, cuando no desea ya otra cosa que a sí mismo, cuando su amor propio no necesita mejor comparación que con un reloj que funciona... Precisamente en tales momentos, cuando no es más que una miserable maquineta atascada que no se arregla con aceite, precisamente entonces nos muestra su aspecto más digno y sublime. Y, brillando es la luz fosforescente de la vida, entre las formas y colores que lo rodean, es como una majestad menesterosa en medio de la chusma petulante”.

De literatura y del corazón humano también nos habla Robert Louis Stevenson:

“Inmersos en nobles libros, nos sentimos conmovidos por algo que se asemeja a las emociones de la vida, y tal emoción se ve provocada por formas verdaderamente dispares. Así nos conmovemos cuando Levine trabaja en el campo, cuando André se hunde en sus sentimientos, cuando Richard Feverel y Lucy Desborough se encuentran junto al río, cuando Anthony ‘se quita el yelmo sin asomo de cobardía’, cuando Kent siente una infinita piedad por el moribundo Lear, cuando –en *Humillados y ofendidos* de Dostoyevski– el resignado héroe apura su copa de sufrimiento y de virtud. Todos ellos son rasgos que complacen al gran corazón del hombre...”

Y estas palabras están entre las muchas que han producido ese placer a lo largo de la historia de la literatura, en la que el corazón ha tenido protagonismo y presencia como objeto y como temática en innumerables ocasiones. A veces de la forma más explícita, cargado de toda su simbología pero apareciendo en la narración como el órgano del

cuerpo humano que es, así en *El corazón delator*, de Edgar A. Poe, un relato de terror psicológico donde el sonido del corazón de la víctima es descrito de este modo:

“Entonces, como os digo, llegó hasta mis oídos un rumor grave, sordo, acelerado, como el de un reloj envuelto en algodón.”

Y donde la creciente intensidad de sus latidos es utilizada por Poe como recurso literario para intensificar asimismo la inquietud que rebosa este cuento:

“Al mismo tiempo, aumentaba el infernal tamborileo del corazón. Se hacía cada vez más y más rápido, más y más fuerte. El terror del viejo debía ser excepcional. Ese latido se hacía cada vez más fuerte, repito, ¡Cada vez más fuerte! ¿Os dais cuenta? Ya os he dicho que soy nervioso; y es la verdad, Pues bien, en aquella hora mortal de la noche, en medio del pavoroso silencio de aquel vetusto caserón, ese ruido tan singular provocó en mí un terror incontrolable. Durante algunos minutos me contuve y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido era cada vez más y más fuerte! ¡La hora del viejo había llegado!”

Efectivamente, en *El corazón delator*, el viejo morirá a manos del narrador y luego ese latido volverá para recriminarle su acción y será entonces la culpa la que se intensificará con él, hasta hacerle confesar su crimen frente a los agentes de policía en medio de enloquecidos gritos:

“–¡Miserables! –exclamé–, no disimuléis más! ¡Confieso mi crimen! ¡Aquí, aquí, levantad las tablas!, ¡aquí, aquí! ¡Es el latido de su asqueroso corazón!”

Y también aparece el corazón en *El Quijote*. En la cueva de Montesinos conoce don Quijote –según cuenta al salir de ella– al anciano caballero de dicho nombre:

“Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba: que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte y llevádole a la Señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna.”

Este Durandarte yace dentro de la cueva, encantado por Merlín, tendido sobre un sepulcro de mármol y con la mano derecha puesta en el lado del corazón. Montesinos le cuenta a don Quijote:

“Lo que me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía pesar dos libras, porque, según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño.”

Como se ve, Cervantes no se ahorra ni detalles escabrosos ni sarcasmos, ni siquiera a la hora de narrar las aventuras más macabras del caballero andante. Durandarte, sin que lleguemos a saber muy bien del todo ni don Quijote ni nosotros si se halla vivo, muerto o encantado, o las tres cosas a la vez, en medio de quejas y suspiros, vocea de cuando en cuando:

“¡Oh, mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que llevéis mi corazón
Adonde Belerma estaba,

Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.”

Y Montesinos le responde, cayendo de rodillas ante él:

“Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes a lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían, de haberos andado en las entrañas; y, por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado a la presencia de la señora Belerma...”

De esta suerte continúa hasta llegar al fin uno de los capítulos más divertidos del Quijote, plagado de ecos de las gestas caballerescas y que da lugar a una de esas impagables conversaciones entre Sancho y su señor.

De otro tono es el episodio relatado en la parte final de la “novela de novelas”. En un alto del camino, de regreso a casa para cumplir la promesa hecha al Caballero de la Blanca Luna de retirarse un año a su lugar, Don Quijote da rienda suelta a sus pensamientos y, mientras Sancho duerme, los desfoga en un madrigalete compuesto en su memoria durante la noche anterior:

“-Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
mas en llegado al paso
que es puerto de este mar de mi tormento,
tanta alegrías siento,
que la vida se esfuerza y no le paso.
Así, el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida
¡oh condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!”

Cada verso de éstos –continúa Cervantes– “acompañaba de muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea”.

Cambiamos de registro y de época y vayamos unos cuantos siglos más adelante, a la casa del cardiólogo Mel McGinnis. Está sentado a la mesa de la cocina, junto a su mujer y a una pareja de amigos. Beben ginebra. Hablan del amor. Son personajes de un cuento. *Estamos en un cuento* de Raymond Carver, es decir, en nuestro mundo.

Los cuentos de Carver están llenos de desencanto y resignación. De soledad. De personas abandonadas, que a veces han rehecho su vida y a veces no. De reproches que esas personas se hacen unas a otras. De relaciones sentimentales destruidas. De hastío. En uno de sus relatos más desalentadores, la ex mujer del protagonista le dice a éste, que ha ido a visitarla:

“A partir de entonces, a partir del día en que te fuiste, ya nada me importaba. Ni los niños, ni Dios, ni nada. Era como si no supiera qué cataclismo me había fulminado. Era como si de pronto hubiera dejado de vivir. Había ido viviendo año tras año, y de pronto la vida cesaba. No se detenía sin más, sino con un chirrido horrible. Pensé: si para él no valgo nada, tampoco valgo nada para mí misma, para nadie. Eso fue lo peor. Sentía que se me iba a romper el corazón. ¿Qué, digo? Se me había roto. Claro que se me rompió. Así, sin más. Y sigue roto, si te interesa saberlo. Esa es la verdad, en pocas palabras.”

En principio, podría parecer que Carver era un costumbrista, un cronista de episodios contemporáneos, un dibujante de estampas. Y desde luego pertenece a la tradición realista. Pero era mucho más que eso. Era un auténtico maestro del relato breve y, fiel a aquello que Stevenson decía de Whitman (“Whitman sabía a fondo, y lo mostró con plena nobleza, que el hombre corriente está en sí mismo lleno de encantos y lleno de poesía...”), supo extraer de la realidad cotidiana todo el lirismo que ésta encierra. Los cuentos de Carver hablan del amor, y del corazón.

En el segundo relato mencionado, que se titula *Intimidad*, la esposa despechada advierte y recuerda a su ex: “Conozco el fondo de tu corazón. No lo olvides nunca. Tu corazón es una jungla, una selva oscura...”. Y en el relato del que es protagonista el cardiólogo Mel McGinnis, que se titula *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, y a cuyo comienzo el sol, “que entraba por el ventanal de detrás del fregadero”, inunda la cocina, los personajes, mientras beben, hablan de su pasado:

“Terri [la segunda y actual esposa de Mel] dijo que el hombre con quien vivía antes de vivir con Mel la quería tanto que había intentado matarla. Luego continuó:

-Una noche me dio una paliza. Me arrastró por toda la sala tirando de mis tobillos. Y me decía una y otra vez: ‘Te quiero, te quiero, zorra.’ Y mi cabeza no paraba de golpear contra las cosas. –Terri nos miró—. ¿Qué se puede hacer con un amor así.”

Mel le reprocha que llame amor a algo así, pero ella insiste en que “en todo aquello había amor”. Ese tal Ed, después de dejarle ella, intentó suicidarse varias veces. Primero tomó matarratas, pero le salvaron la vida y sólo logró que se le separaran los dientes, y le sobresalieran como colmillos:

“¡Qué cosas llega a hacer la gente! –exclamó Laura.”

Después se pegó un tiro en la boca. “Pero tampoco le salió bien”. Mel refiere cómo Ed sobrevivió tres días y “la cabeza se le hinchó, se le puso de tamaño doble al de una cabeza normal. Nunca había visto nada semejante, y espero no volver a verlo.” Así que Terri insiste:

“–Era amor... Ya sé que era un amor anormal para la mayoría de la gente. Pero estaba dispuesto a morir por su amor. Murió por él.”

Mientras siguen bebiendo y el sol continúa siendo “una presencia en la cocina”, Mel, el cardiólogo, pragmático, de cara y brazos “bronceados por el tenis”, y quien, “cuando estaba sobrio, sus gestos, sus movimientos, eran precisos, en extremo cuidadosos”, anuncia que va explicarles lo que es el amor verdadero, mediante un ejemplo. Y tras servirse otra ginebra con hielo les habla de lo pasajero que es el amor, y de cómo, por doloroso que sea pensarlo, si mañana le pasase algo a uno de los miembros de una pareja, después de una temporada la otra persona rehará su vida y encontrará otra persona y volverá a amar, y el amor hoy presente no sería entonces sino un recuerdo. Pero después les dice:

“Iba a contaros algo –empezó Mel–. Bueno, iba a demostrar algo. Veréis: sucedió hace unos meses, pero sigue sucediendo en este mismo instante, y es algo que debería hacer que nos avergoncemos cuando hablamos como si supiéramos de qué hablamos cuando hablamos de amor.”

Y entonces, este Mel que dice de sí mismo: “Soy cirujano del corazón, perfecto, pero no soy más que un mecánico”, les cuenta una verdadera historia de amor y corazones rotos, de la que fue testigo en el hospital, tras un accidente de tráfico. Y la historia es tan hechizante que cuando Mel termina de referirla “la luz abandonaba ya la cocina, se retiraba a través de la ventana hacia el lugar de donde había venido. Y sin embargo nadie hizo el más mínimo ademán de levantarse para encender la luz de encima de nuestras cabezas.”

Una luz que se eleva e inunda durante un momento un escenario, en el que unos personajes conversan, beben, hablan de sus experiencias, y luego la luz se va y todo queda de nuevo a oscuras. Así de sencillos, luminosos y mágicos son los relatos de Raymond Carver. La historia que Mel acaba de contar ha hecho derivar la conversación hacia los caballeros andantes, que aquél elogia. Entonces el narrador (uno de los contertulios, el compañero de Laura) dice: “–No es más que un vulgar matasanos. A veces, Mel, los caballeros se asfixiaban dentro de aquellas armaduras. Sufrían incluso ataques al corazón si las armaduras se calentaban en exceso, o si ellos estaban demasiado cansados o desfallecidos...” Y poco después, tras derramársele a Mel un vaso sobre la mesa, el narrador concluye:

“Oía los latidos de mi corazón. Oía el corazón de los demás. Oía el ruido humano que hacíamos allí sentados, sin movernos, ninguno lo más mínimo, ni siquiera cuando la cocina quedó a oscuras.”

Los dobles sentidos, referencias y alusiones de Carver al hablar sobre el amor no son gratuitos. Desde una escena contemporánea y una conversación entre un médico y un agente judicial nos remite al mundo de los caballeros andantes y al mito del amor cortés. Porque el amor tiene su historia. Al menos, el amor mortal, “el amor amenazado y condenado por la propia vida”. Así comienza el clásico ensayo de Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*:

“Señores, ¿os gustaría oír un bello cuento de amor y de muerte?...”

Nada en el mundo podría gustarnos más.

Hasta tal punto que este comienzo del Tristán de Bédier debe considerarse el tipo ideal de primera frase de una novela. Es el rasgo de un arte infalible que nos lanza desde el umbral del cuento al apasionado estado de espera del cual nace la ilusión novelesca. ¿De dónde viene ese encanto? Y ¿qué complicidades son las que ese artificio de ‘retórica profunda’ sabe conseguir de nuestros corazones?

El prodigioso éxito de la novela establece de buenas a primeras como un hecho que la concordancia entre amor y muerte despierta en nosotros las más profundas resonancias. Hay otras razones, más secretas, para ver en ello algo así como una definición de la conciencia occidental...”

El resto es un fascinante rastrear el recorrido del mito a través de la religión, la mística, la guerra y la literatura occidentales. Y más allá de algunas extremas e inquietantes afirmaciones de Denis de Rougemont, su libro es toda revelación acerca de la pasión, entendida como enfermedad del corazón.

El amor hiere. Desde antes incluso del mito de Tristán. Nadie lo sabe mejor que Psique (la “llagada en el corazón”), esposa del mismo dios del amor. Cuando sus envidiosas hermanas la incitan a traicionar a Cupido (“... cuando las dos malas mujeres hallaron el corazón y voluntad de Psique descubierto para recibir lo que le dijeran, dejados los engaños secretos, comenzaron con las espadas descubiertas públicamente a combatir el pensamiento temeroso de la simple de mujer...”), la están empujando a las peores desgracias, pero ya antes de eso ella no podía ser del todo feliz, dado que no le estaba permitido contemplar el rostro de su esposo. Cuando ella por fin le contempla, él huye para castigarla, de modo que él mismo, herido por sus propias armas, ha de sufrir.

Todo esto se cuenta en el antiguo relato de Apuleyo (siglo II d.C.) *Cupido y Psique*, intercalado en *El asno de oro*. Octavio Paz escribió acerca de él: “El cuento de Apuleyo anuncia una visión del amor destinada a cambiar, mil años después, la historia espiritual de Occidente.” Paz llamaba a la cortesía medieval de la que hablaba Denis de Rougemont “una aristocracia del corazón”, y afirmaba que se trataba de un saber y de una práctica que no están al alcance de todos, una “escuela de sensibilidad y desinterés”, y citaba el poema *Razón de amor*, “el primero en nuestra lengua (siglo XIII)”, que comienza: “Quien tiene triste su corazón / venga a oír esta razón...”. Pero Paz se resistía a restringir el sentimiento amoroso a nuestra civilización; para él era un sentimiento universal, presente en otras culturas y literaturas. Y así podemos encontrarlo ya en la Edad Media tanto en los *Cantos de Eloisa y Abelardo*: “Mi corazón no estaba en mí, sino contigo (...) en verdad no puedo existir sin tí”, como en las jarchas mozárabes de Yehuda Ha-Levis:

“Mi corazón se me va de mí
Oh, Señor, ¿acaso tornará?
Cuan fuerte es mi dolor por el amado
Enfermo está, ¿cuándo sanará?”

El corazón es el órgano donde se asienta el amor en todas sus manifestaciones, y no sólo el amor como pasión representado en la leyenda mitológica de Dafne y Apolo. Pero seguramente nadie haya dedicado tantas páginas al corazón enamorado como las que se pueden encontrar en la desbordante obra de William Shakespeare, si bien nos advierte en su célebre *Hamlet*:

“¡Dadme un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón; sí, en el corazón de mi corazón.”

Y, a continuación, afirma el prolífico autor:

“... para un corazón noble los más ricos dones tornanse mezquinos cuando ya el donador no muestra afecto”.

Pero esta exaltación, y a la vez precaución, ante las cosas del corazón no era nueva: “¡El corazón enamorado no conocerá la alegría del reposo mientras lo posea el amor!”, se dice en *Las mil y una noches*. Y también:

“¡Imploré un beso de su boca; de su boca, tormento de mi corazón; un beso que curase mi enfermedad!”

(...)

“Entonces le susurré a una joven, pariente mía: ‘Di a esa mujer: ‘Ese hombre te comunica que bien dijo quien compuso este verso: ‘Ella me lanzó una flecha que dio, como en el blanco, en el corazón; luego volvió la espalda, pero tornó a abrir una herida

y cicatrices.’ La joven se dirigió a ella y se lo dijo. Y la mujer contestó; Dile: Bien dijo quien respondió con este otro verso: ‘Hay en nosotros un sentimiento igual al de que te quejas. Ten paciencia. Quizá en breve tendremos una alegría que curará los corazones’.”

Y, entre multitud de estados de ánimo expresados a partir de lo que dice el corazón, una canción que dice: “Tengo un corazón lleno de llagas. ¿Quién quiere venderme por él otro que carezca de llagas?”

Chrétien de Troyes, a quien algunos consideran como uno de los padres de la novela sentimental, nos ofrece la cara jánica del corazón en relación al sentimiento amoroso:

“El amor había echado raíces en el corazón
y tanto tenía en él que apenas
quedaba algo para otros corazones.”

La contraposición entre amor y desamor llega a nuestros días en los versos de Gloria Fuertes:

“El desamor no es culpa de tres,
sino por causa de dos, que
no han sabido ser uno”

y de Antonio Machado:

“... Éramos dos
y teníamos un solo corazón.”

Este único corazón también es descrito de forma antológica por Edward E. Cummings:

“... llevo tu corazón conmigo (lo llevo en
mi corazón) nunca estoy sin él (tú vas
dondequiera que yo voy, amor mío; y todo lo que hago
por mí mismo lo haces tu también, amada mía)
no temo al destino (pues tú eres mi destino, mi amor) no deseo
ningún mundo (pues hermosa tú eres mi mundo, mi verdad)
y tú eres todo lo que una luna siempre ha sido
y todo lo que un sol cantará siempre eres tú
he aquí el más profundo secreto que nadie conoce
(he aquí la raíz de la raíz y el brote del brote
y el cielo del cielo de un árbol llamado vida; que crece
más alto de lo que un alma puede esperar o una mente puede ocultar)
y este es el prodigio que mantiene a las estrellas separadas
llevo tu corazón (lo llevo en mi corazón).”

O, dicho de una manera mucho más breve, pero no menos hermosa, como lo plantea: “Yo soy mi corazón y tú también..., que es como lo plantea Álvaro Pombo en *Un cuento mural*.

El tema del amor desgraciado y la exaltación de la pasión había renacido con el Romanticismo que, más que ningún otro movimiento literario, tiene como protagonista al corazón. “¡Ay, amigo mío, lo que es el corazón del hombre!”, suspira Werther en una de sus cartas, con el suyo estremecido por la pena. Y en otra: “¡Cuántas veces templo con sus versos el hervor de mi sangre! Porque tú no conoces nada más desigual ni más

variable que mi corazón. Amigo mío: ¿necesitaré decírtelo, a ti que has sufrido más de una vez, viéndome pasar de la tristeza a la alegría más alboratadora, y de una dulce melancolía a la pasión más violenta? Trato a este pobre corazón como a un niño enfermo; le concedo cuanto me pide...” “Todas las pasiones terminan en tragedia, todo lo que es limitado termina muriendo, toda poesía tiene algo de trágico”, afirma Novalis. Y en *La muerte de Empédocles*, de Hölderlin, podemos leer:

“Porque tu alma estaba en mí, y sin recelo
se entregó mi corazón, como tú, a la grave tierra,
que padece, y a menudo, en la noche sagrada,
le hice promesas de amarla hasta la muerte,
a ella, preñada de destino, con lealtad exenta de temor,
sin desdeñar ninguno de sus enigmas...”

Y más adelante, estos reproches de Empédocles al sacerdote Hermócrates:

“¡Ah, cuando aún era niño, ya os huía
mi piadoso corazón, corruptores de todo;
insobornable, se aferraba con amor profundo
al sol y al éter y a todos los enviados
de la gran naturaleza, presentida de lejos!”

Motivos románticos como la atracción del abismo y el amor a la libertad giran en la tragedia de Holderlin en torno al corazón, cifra y medida de las relaciones humanas. Un amigo es un “corazón fiel”. Un enemigo (como el sacerdote Hermócrates) no hace sino “irritar un sangrante corazón”. Aquel a quien se ama es un “corazón amado”... “Es ajena a mi corazón la fría palabra del que manda”, dice Empédocles al liberar a sus esclavos. “Libertad en el arte, libertad en la sociedad; he ahí el doble objetivo”, proclamaba Victor Hugo. “Jugar, como camino para ser libre”, reivindicaba Schiller para el artista. Joseph von Eichendorff, en *Sortilegio de otoño*: “Sabed que en el corazón de los hombres hay un reino encantado y oscuro, en el cual brillan cristales, rubíes y todas las piedras preciosas de las profundidades con amorosa y estremecedora mirada, y tú no sabes de dónde vienen ni a dónde van...” Y en el sobrecogedor relato *El hombre de arena*, de Hoffmann, Clara intenta calmar al aterrizado Nathaniel: “Si realmente existe un poder oculto que tan traidoramente hunde sus garras en nuestro interior para cogernos y arrastrarnos a un camino peligroso que habríamos evitado, si tal fuerza existe, debe doblegarse ante nosotros mismos, pues sólo así ganará nuestra confianza y un lugar en nuestro corazón, lugar que necesita para realizar su obra.”

Con Hoffmann podemos entrar en el territorio del relato fantástico, donde encontramos autores como Nathaniel Hawthorne, de quien Italo Calvino decía en la introducción a su selección *Cuentos fantásticos* del XIX: “en las obras mejores sus alegorías morales, siempre basadas en la presencia indeleble del pecado en el corazón humano, tienen una fuerza para visualizar el drama interior que sólo será igualada en nuestro siglo por Franz Kafka”. Calvino recoge, calificándolo como obra maestra, el cuento de Hawthorne *El joven Goodman Brown*, un relato de brujas de Salem, en el que todos los puritanos habitantes de una aldea resultan ser brujos. El cuento comienza con el joven Goodman Brown saliendo de su casa y el ruego de su esposa, Faith: “–Corazón mío –murmuró ella con dulzura no exenta de tristeza, cuando sus labios hubieron rozado sus oídos–, te suplico que aplaces tu viaje hasta el amanecer y que duermas esta noche en tu cama...”. Pero él desoye el consejo y a partir de ahí, a lo largo de su camino hacia el lugar en el que va a tener lugar un aquelarre, irá comprendiendo que ninguno de sus vecinos es lo

que parecía ser. Llegará un momento en que “a punto de irse al suelo, desfalleciente y agobiado por un infinito malestar del corazón, el joven Goodman Brown tuvo que agarrarse a un árbol para sostenerse...”

Más tarde hará acto de presencia el demonio mismo:

“Por la simpatía que hacia el pecado sienten los corazones humanos, rastrearán todos los lugares, bien sea la iglesia, la alcoba, la calle, el campo o el bosque, en donde el crimen ha sido perpetrado; y se regocijarán al ver que el mundo entero es una mácula de culpa, una descomunal mancha de sangre...”

No es extraño que Hawthorne escribiera también, en otro lugar:

“¡Qué otra mazmorra es tan oscura como el corazón propio!”

En el relato de Nikolái Gogol, *El Brujo*, el cosaco Danilo, cercado por los polacos, presiente su próximo fin, y le dice a su esposa Katerina: “-¡Estoy muy triste, querida mía! Me duele la cabeza, me duele el corazón. Algo me oprime... Se ve que la muerte anda rondando mi alma”. Ésta le llegará de manos de su suegro, que iba a ser ajusticiado al día siguiente, y cuyas súplicas Katerina no ha resistido, liberándole. En éste y otros relatos de Gogol es el corazón el mensajero de hechos terribles.

Tom King, el boxeador acabado y envejecido del cuento de Jack London *Un buen bistec*, medita junto a la ventana sobre el combate que tendrá que librar una hora después, mirándose las manos mientras sus hijos yacen hambrientos en el cuarto de al lado. “En el dorso de ellas se destacaban las venas gruesas e hinchadas. El aspecto de los nudillos, aplastados, estropeados, deformes, atestiguaba el empleo que había hecho de ellos. Tom no había oído decir nunca que la vida de un hombre dependía de sus arterias, pero sabía muy bien lo que significaban aquellas venas prominentes, dilatadas. Su corazón había hecho correr demasiada sangre por ellas a una presión excesiva. Ya no funcionaban bien...”. Será ese corazón fatigado, incapaz de hacerle recuperar fuerzas entre asalto y asalto, el que final le hará perder el combate y las treinta libras de bolsa que le hubieran permitido dar de comer a su familia y conseguir el bistec en el que ha estado pensando todo el día. Corazón cansado que también encontramos en nuestros días en dos autores españoles con una forma de hacer literatura bastante diferente. El primero de ellos se encuentra en el relato *Fronteras*, de Soledad Puértolas: “El corazón débil necesitaba de la protección de la ropa. Necesitaba ese territorio al que los demás no podían entrar”; el segundo corresponde a Juan Ignacio Zúñiga: “El corazón cansado, late torpemente y acorta la respiración que es humo de cigarrillo” (*Lejano amor soñado*).

Habitualmente los personajes de Jack London son aventureros, vagabundos, buscadores de oro, hombres de las fronteras... Pioneros y viajeros, muchas veces fracasados, que han prevalecido como motivo en gran parte de la literatura norteamericana. Así, en *Chopin en invierno*, de Stuart Dybek, un melancólico cuento entre neblinas y tejados nevados, el viejo Dzia-Dzia –que ha dormido en vagones de carga, sótanos y edificios abandonados–, es quien le cuenta una noche al protagonista, mientras Marcy toca el piano en el piso de arriba, lo que sucedió después de la muerte de Chopin, y qué fue de su corazón:

“Cabalgaron hasta la casa donde Chopin yacía en una cama junto a un gran piano. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y yeso secándosele sobre las manos y la cara. Los prusianos subieron las escaleras al trote y entraron al asalto en la habitación, arremetiendo con los sables. Los caballos se encabritaron y levantaron las patas delanteras. Despedazaron el piano y acuchillaron la música. Vertieron el queroseno de

las lámparas y le prendieron fuego. Luego empujaron el piano de Chopin hasta la ventana: era uno de esos ventanales grandes que se abren y fuera tienen un pequeño balcón. El piano no cabía, así que siguieron empujando hasta hacerlo pasar, llevándose por delante una parte de la pared. Cayó tres pisos hasta la calle y cuando golpeó el suelo hizo un ruido que estremeció la ciudad. Luego se quedó allí humeando. Los prusianos pasaron al galope por encima y se marcharon. Después, unos amigos de Chopin volvieron a hurtadillas, le sacaron el corazón y lo enviaron a un joyero para que lo enterraran en Varsovia.”

En *Venus, Cupido, Locura y Tiempo*, de Peter Taylor, se nos habla de un tal señor Dorset y su hermana solterona, una excéntrica pareja de ancianos, últimos representantes de una antigua familia de Chatham. El relato –que habla entre otras cosas de las raíces, de los primeros pobladores, de la juventud perdida, y sobre el que se cierne ya desde el principio la sombra del incesto– refiere los hechos sucedidos durante una noche en casa de los Dorset, durante una de las fiestas que éstos ofrecían cada año a los niños de la ciudad, hechos que nunca pudieron ser explicados del todo pero que los habitantes de la misma no habrían de olvidar jamás: “Incluso en su propia casa, era evidente para los jóvenes, como grupo, que los Dorset les abrían el corazón...”

Si cambiamos de género literario, pasando del relato a la poesía, podemos encontrar en el bello y duro poema de Ángel González *Cumpleaños* los distintos tiempos de “ese motor del vivir humano” que es el corazón:

“Yo comprendo: he vivido
un año más, y eso es muy duro.
¡Mover el corazón todos los días
casi cien veces por minuto!
Para vivir un año es necesario
morirse muchas veces mucho.”

También el corazón como órgano que aparece y desaparece, como compañero de la vida y de la muerte, es cantado, no sin ironía, por Fernando Villegas Estrada, poeta rescatado por Pere Gimferrer, en la *Antología de la poesía modernista*:

“¿Te acuerdas tú de aquella lección de anatomía.
Fue una tarde otoño que hicimos disección.
En una mesa de mármol del anfiteatro había
el cadáver de una mujer sin corazón?”

El contraste de estos fríos y hermosos versos con la cálida descripción que, en el siglo IX, hace el polígrafo granadino Ibn Habib del corazón como “rey de los órganos del cuerpo”, y un poco más allá con la leyenda india referida por Paul Morand, en la que el corazón aparece como “el sol del cuerpo” –como el sol es “el corazón del universo”–, o con los relatos bíblicos, en los que el corazón es “el manantial de la vida”, nos devuelve, una vez más, a ese largo y tortuoso camino de su historia del que el corazón quiere escapar, como en los memorables versos de Pablo Neruda:

“Peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.”

Es posible que todas las emociones que acabamos de describir las derrame el corazón “filtradas en las palabras” (Luis Mateo Díez).

Refiere Gail Godwin en su bello ensayo *El Corazón* cosas como ésta: “los aztecas abrían de un tajo a los guerreros enemigos capturados y ofrecían sus sanguinolentos corazones al dios Sol, porque creían que el corazón era el sol del cuerpo, de modo que cuantos más corazones sacrificaran, más poder estarían devolviéndole al sol”. Y luego prosigue su didáctico e interesante recorrido a través de la historia de las ideas hasta llegar nuestros días, en los que:

“Algunos han anestesiado el corazón hasta tal punto que sólo los mayores horrores, las descripciones más gráficas de hechos espantosos, logran provocar un espasmo o un encogimiento dentro del pecho. Sentir ese impacto, al menos, ya es sentir algo.”

En ese itinerario por los mitos y significados del corazón, Godwin habla de una escisión, que se produjo hace tiempo entre el corazón y la mente, y que prevalece en nuestros días (“Tú lo piensas todo en tu cerebro. Mientras que nosotros hablamos de casos que tenemos en el corazón y que llevan allí mucho tiempo”, dice Portia al doctor Copeland en ese viaje a las profundidades del alma humana que es *El corazón es un cazador solitario* de Carson McCullers) y contrapone la vida basada en los mandatos del corazón a la industrialización, al utilitarismo, al mecanicismo... a la razón y a la mente.

Frente a la imagen materializada del corazón como “mecanismo de bombeo”, de Harvey –probablemente responsable de que el pensamiento se quedara sin corazón, y el corazón sin pensamiento, según la reflexión de James Hillman–, señala la periodista y escritora norteamericana una serie de descubrimientos que se han producido en los campos de la neurocardiología y cardioenergética, “que demuestran que la posición privilegiada del corazón en nuestra conciencia es mucho más que pura metáfora: se han encontrado en el corazón unos transmisores que desempeñan una función decisiva en la conducta nerviosa y que de alguna manera están conectados con el cerebro. Sabemos que las hormonas controlan el corazón y que éste reacciona a nuestros pensamientos y emociones (el estrés puede llegar a dañar o parar un corazón, y uno puede morir, libremente, de ‘corazón partió’). Pero, ¿acaso no es mecanicista también esta explicación? Y, por el contrario, ¿no encontramos una cierta lírica en el modelo de cuerdas espirales con el que el infatigable cardiólogo español -candidato al premio Nobel- Francisco Torrent Guasp hizo comprensible unos años atrás la intrincada anatomía del corazón, imitada por la gótica arquitectura gaudiana (Pedro Zarco)?, y ¿no está bien cerca del arpa de cuerdas eólicas de Carl G. Jung, “tan sólo movidas por el aliento suave de los presentimientos que no ahogan la melodía, sino que la escuchan atentos”? También la filosofía de nuestro tiempo ha dejado caer por su parte que pensar puede ser un hábito del corazón y que el pensamiento puede tener su origen en el corazón: “pensamos sobre lo que nos importa y esas prioridades las marca el corazón” (Martin Heidegger). Es decir, el pensamiento siempre viene marcado, de una u otra manera, por un estado de ánimo, por una disposición o afección anímica.

En definitiva, el corazón es “una combinación perfecta de músculos, arterias, venas, cavidades, válvulas y centrales eléctricas” (José M^a Caralps), pero, al mismo tiempo, ese órgano singular capaz de sentir un apretón de manos (Ramón Gómez de la Serna). Por tanto, quizás sea hora de volver al mito, ya que: “Todo sale del corazón, lo bueno y lo malo. De él mana la vida” (Prov 4, 23).

Lovecraft hablaba de la inevitable fascinación que sobre el ser humano ejercen el prodigio y la curiosidad. De “un *corpus* compuesto de fuertes emociones y provocaciones imaginativas cuya vitalidad perdurará, necesariamente, en tanto perviva la propia raza humana. Los niños temerán siempre la oscuridad, y los hombres de

mentes sensibles a los impulsos hereditarios siempre temblarán al pensar en los mundos ocultos e insondables, repletos de vida extraña, que deben latir en los abismos que se encuentran más allá de las estrellas...”. Más allá y... más acá, en nuestros pechos. Por eso la literatura, más allá de la industrialización, de la informatización, de la globalización, de la escisión de que hablaba Gail Godwin, ha seguido y seguirá indagando y refiriéndose a los asuntos del corazón humano, y éste seguirá siendo protagonista de la mayoría de las narraciones, porque, al fin y al cabo, el cuento, la novela, la poesía... no son sino diferentes expresiones del ansia del corazón por hacerse literatura. Así nos lo hace ver el gran Pablo Neruda:

“Vinieron las palabras y mi corazón
incontenibles como un amanecer
se rompió en las palabras”.

El corazón crea literatura, pero al mismo tiempo la literatura inventa corazones, como sugiere Luis García Montero en su *Poesía urbana*:

“Se que cada ilusión
tiene formas distintas
de inventar corazones.”

Decía León Felipe que “la cuna del hombre la mecen los cuentos”; a éstos, añadiríamos nosotros, los acuna el corazón.

Afirmaba Blais Pascal en sus *Pensamientos* que “el corazón tiene razones que la razón no conoce”. Y es que la verdad puede conocerse o no –a veces, puede encontrarse en “el fondo de un pozo sin fondo”–, pero, si es asequible, se puede llegar hasta ella “no solamente por la razón, sino también por el corazón”, ya que “los principios se sienten, las proposiciones se concluyen; y el todo con certeza...”. Probablemente sea llegada la hora en la que corazón y cabeza hayan aprendido a vivir tan unidos como anhelaba Nietzsche, a manifestarse en un principio de complementariedad como el ideado por Bohr para la materia y la energía, a crecer en ese árbol imaginado por Ortega y Gasset en el que “en un sentido muy concreto y riguroso las raíces de la cabeza están en el corazón”, a fundirse en un abrazo como el de Narciso y Goldmundo, con el que Herman Hesse escenificaba maravillosamente la relación entre el espíritu investigador y el alma artística, entre el rigor intelectual y la pasión, en definitiva entre la ciencia y el arte. Pero no olvidemos que esta construcción de una nueva “cultura del compañerismo” entre mente y corazón apuntada por Godwin tendrá que ser realizada a partir de un movimiento circular –similar al de la propia circulación de la sangre–, que nos llevará al origen mismo de la creación literaria, como nos muestran los versos del célebre *Poema de Gilgamesh* antes comentado, en el que el corazón es al mismo tiempo órgano físico, material, y órgano espiritual, el centro del ser humano.

No obstante, este movimiento de alejamiento del origen que, paradójicamente, retroalimenta un impulso de recuperar el origen perdido no es sólo atribuible a las cosas del corazón, sino, como señala Salvador Pániker, a toda la historia de la ciencia y de la cultura, y de la vida misma –añadiríamos nosotros, siguiendo al gran divulgador científico François Sagan, quien comentaba poco antes de su muerte y tras revisar los grandes avances científicos en busca del origen de la vida, que ésta tal vez fuera “más una cuestión filosófica”, lo que viene a coincidir con lo expresado por el filósofo griego Empédocles más de dos mil años atrás–. Por eso, acierta Francisco Umbral al afirmar:

“La ciencia ha dado un gran rodeo para decirnos lo que ya sabíamos:
que el corazón es un poeta loco vestido de rojo (...)
Basta una sola pregunta, incontestable, para poetizar de nuevo el corazón:
¿por qué late?”

No obstante, conviene no olvidar que, a veces, el corazón también puede llegar a perder la razón, como testimonia desde la propia experiencia el poeta Leopoldo María Panero para quien el corazón no es sino un “pobre loco que llora solas en voz baja”.

Así, pues, el corazón, es ese músculo que mora en el pecho, amora y se enamora, engrana las noches y desgrana los días, y que cuando la pasión le hace salir fuera de sus verdades cardíacas, trata de buscar el camino de regreso a su hogar torácico porque “no hay consumación de un amor al que no siga su destrucción” (Ibn Qayyim). Pero, como nos recuerda José Antonio Muñoz Rojas, prisionero o emigrado, el corazón “convierte en sueño cuanto toca”, seguramente porque, al igual que el poeta malagueño, no sabe desear más que la vida.

Hasta aquí el lector puede echar en falta a muchos autores y, con ellos, a muchas referencias, a menudo desoladas, siempre hermosas, al corazón. Entre ellos a A Thomas Hardy (y el hombre menudo a quien “pareció que dentro el corazón se le hundía como una piedra”, al contemplar en una cabaña de pastores azotada por la tormenta nocturna a su hermano, cantando y bebiendo junto al verdugo que habría de ahorcarle a la mañana siguiente, en *Los tres desconocidos*), a Flaubert (la sangre desplegada en las nubes medievales y el ciervo agonizante y majestuoso advirtiéndole y profetizándole al sanguinario San Julián el Hospitalario: “¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Un día, corazón feroz, asesinarás a tu padre y a tu madre!”), a Salinger (“¡No me digas! Se me parte el corazón”, el hermano sarcástico y realmente enfermo del corazón en *Justo antes de la guerra con los esquimales*), a Isak Dinesen (“Ahora puedo morir. Y cuando haya muerto, quiero que me saquen el corazón y lo depositen en este jarrón azul...” dice lady Helena en un cuento dentro de otro cuento, *El joven del clavel*), a Oscar Wilde (“Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía...”, en *El ruiseñor y la rosa*), a Henry James (“el corazón es un solar lleno de escombros...”), a George Bernard Shaw para quien “hay algo que me provoca un miedo espantoso: que se me parte el corazón” (*En casa del corazón partido*), a Ignacio Aldecoa, que, en uno de los mejores libros de cuentos de la literatura contemporánea, nos habla del corazón como uno de los frutos amargos... y a los poetas: Blas de Otero (“Corazón sembrado de amargura”), Miguel Hernández (“...yo el más descorazonado de los hombres /y por el más, también el más amargo”), amargura que también encontramos en César Vallejo: “mi corazón es tiesto regado de amargura”, Eugenio de Nora: “¡Qué amargo siento el corazón profundo!” y Ángel González, quien en *Pastor de vientos* nos deja esta descripción:

“Amargo como el mar,
y desatado
igual que un huracán, e irremediable
lo mismo que una piedra en su caída: así es mi corazón.”

Y también en José Ángel Valente para quien “el corazón tiene la sequedad de la piedra” por una parte, y la oscuridad de la noche, por otra:

“Cae la noche.
El corazón desciende
infinitos peldaños,
enormes galerías
hasta encontrar la pena.”

Peldaños a los que baja William B. Yeats para que la obra que le queda por crear en los últimos años de su vida salga del “pestilente taller de trapos y huesos del corazón”. Escalones hacia el extraño infierno irresistible, en el que ha fundado su morada “el ángel endemoniado de mis días” (Vicente Gallego, *Santa deriva*). Y al final, el poeta, abandonado el verso en el *Corazón cambiado* (“Entonces, de/los altos/poderes/le cayó la música en el corazón cambiado”), echa mano de la narración epistolar para descubrir como la tristeza inunda el corazón (Rainier Marie Rilke: *Cartas a un joven poeta*):

“Por eso también pasa la tristeza: lo nuevo en nosotros, lo sobrevenido, ha entrado en nuestro corazón, ha penetrado en su más íntima estancia; y tampoco está ya ahí: ya está en la sangre.”

El corazón también permite designar al otro, al que contamos cómo nos sentimos, lo que nos duele la vida, como en aquellos versos de César Vallejo:

“Esta tarde llueve como nunca
y yo nos tengo ganas de vivir, corazón...”

o –también Vallejo– para hablar directamente con Dios:

“Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre
debo dolerte mucho el corazón.”

La relación entre el *corazón divino* y el *corazón humano* también está presente en León Felipe, el gran alquimista de palabras y sentimientos, que, según Gabriel García Márquez, “llevaba en sus venas toda la sangre del hombre estallando a borbotones sus versos”:

“¡Oh, pobres versos míos!,
hijos de mi corazón
que os vais ahora solos y a la aventura por el mundo
que os guíe Dios
(...)
¡Que os guíe Dios!... Y Él, que os sacará
de mi corazón,
os lleve
de corazón
en
corazón.”

No hay que olvidar que, en la tradición cristiana, el corazón ha sido el órgano por el que Dios se dirige al hombre. Para San Agustín, es “la morada en la que reside la parte divina del hombre”, aunque, muchas veces, el corazón puede aparecer resquebrajado,

destrozado, sumido en las tinieblas. “El mismo Dios me ha roto el corazón con sus falsas promesas”, confiesa amargamente la madre de Josie, la adolescente protagonista del *Primer amor* de Joyce Carol Oates, mientras que si nos remontamos al texto bíblico del *Libro de los Proverbios* podemos leer que el corazón alegre es buen remedio y hace buena cara, pero la pena del corazón abate el alma, y el espíritu abatido seca los huesos.

Corazón de tinieblas al que nos lleva Joseph Conrad en su incomparable *Viaje al corazón de las tinieblas*, de la mano de Kurtz, el protagonista, quien en su lecho de muerte no alcanza sino a calificarlo como “el horror”, ese río por el que navega toda la negrura del ser humano. Corazón negro. Corazón negro, origen del dolor. Corazón negro, que, en *La destrucción o el amor* se hace “enigma o sangre de otras vidas pasadas,/ suprema interrogación que ante los ojos me habla,/ signo que no comprendo a la luz de la luna”.

Precisamente el autor de estos estremecedores versos, Vicente Aleixandre, tituló *Historia del corazón* a uno de sus libros más hermosos:

“Hay momentos de soledad
en que el corazón reconoce, atónito, que no ama.”

La historia del corazón nos vale para recordar lo que ha sido la vida, como nos deja ver Rubén Darío en estos versos del poema *Canción de otoño en primavera*:

“Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.”

Color celeste de la historia que se va “atracando de azul cielo” en las greguerías de Ramón Gómez de la Serna y se va transformando en azul mediterráneo –tan familiar para él– con el ir y venir del oleaje de *Ausencias*, con la pleamar de la palabra dulce y la bajar de la voz dolorida de Miguel Hernández:

“Fue una alegría como la mañana,
que puso azul el corazón, y grande,
más comunicativo su latido,
más esbelta su cumbre aleteante.”

Y junto a la alegría, la tristeza, como los “días grises en forma de corazón” de los que habla Kepa Murua o la senda en la que se pierde Federico García Lorca:

“Hoy siento en el corazón
Un vago temblor de estrellas,
Pero mi senda se pierde
Como el alma en la niebla.”

Por su parte, la soledad se hace extrema en Fernando Pessoa, quien si, unas veces, saluda al corazón como un bazar (“Hola, hola, hola, bazar de mi corazón”), en otras lo despoja de todo aprendizaje (“Mi corazón no ha aprendido nada./Mi corazón no es nada”), mientras que para Antonio Machado, en realidad, “un corazón solitario no es un corazón” y para uno de los personajes de esa pieza maestra de la narrativa contemporánea –escrita por Carson McCullers con tan sólo veintitrés años– *El corazón es un cazador solitario*:

“Las palabras iban creciendo en su corazón,
y no soportaban la idea de seguir manteniendo silencio.”

Silencio, desnudez.

Charles Baudelaire pensó llamar “Mi corazón al desnudo” a uno de sus libros, como nos recuerda Antonio Martínez Sarrión en el prólogo al volumen que después de la muerte del poeta se publicó, con ese título y con textos diversos, a modo de confesiones o de diario.

Pero el silencio también sirve para aprehender el futuro, como en estos hermosísimos versos de Antonio Gamoneda:

“Oír el corazón
en un silencio nuevo,
advertir el destino
donde estaba el deseo.”

O para, “al dar espacio sin convertirse en pura espacialidad”, según la metáfora del corazón de la que habla María Zambrano en *Hacia un saber sobre el alma*, convertirse en sede de la intimidad, ese “lugar donde se albergan los sentimientos inextricables, que saltan por encima de los juicios y de lo que no puede explicarse”.

Recientemente Javier Marías ha tratado de bajar hasta los secretos del corazón, del hablar y del callar, con espléndidos hallazgos literarios, apoyándose en la poética escalera de lady Macbeth: “Mis manos son de tu color/pero me arrepiento de llevar un corazón tan blanco”. Corazón tan blanco, corazón tan blanco que quiere ahuyentar su propio conocimiento para acabar tiñéndose y sabiendo lo que nunca quiso saber. Y es que el corazón puede ser, en ocasiones, “el crisol donde se funden contrariedades con contradicciones, según la *Reflexión primera* del poeta Ángel González.

Claudio Rodríguez dejó escrito que el corazón “late sin tiranía”, y, a veces, el corazón somos nosotros mismos diciendo aquello que queremos, lo que respetamos, como hace Carlos Bousoño, en *Corazón partisano*, toda una conmovedora declaración de principios:

“Mi corazón no está con el hombre que sabe
de la verdad todo lo necesario
para olvidar el resto de ella,
satisfecho del viento, poderoso del humo (...)
Mi corazón está con el que un día
(...) leve la vida, adoraste la luz,
sabe decir: “no importa”.

Otras veces, el corazón nos sirve para encontrar nuestra medida en el otro: el corazón es un peso inerte que “halla su gravedad en tu medida” (José Antonio Muñoz Rojas). O para hablar con un “tú” que también somos nosotros mismos o como, cuando en el bellissimo poema *Otoño*, María Victoria Atencia escribe:

“Ahora que viene otoño y su ocasión nos deja
mayor espacio umbroso y por el suelo
un crujido de hojas bajo una luz más tenue,
examina de nuevo tu corazón, tus brazos,
tu medida, el color de tus ojos
dados a una ciudad suspensa entre cómplices azules...”

Y no solo examinarnos a través del corazón, sino también sentirnos: “Vivir es retornar a cada octubre/para sentirse el corazón dorado” (Leopoldo de Luis) y, cambiando de estación, esperarnos a nosotros mismos: “Esperó, como un árbol/ su primavera, como/ un corazón su amor” (José Hierro).

En el caso de Dionisio Cañas, el corazón es quien permite escucharnos solos:

“Oigo en mi corazón
todas las cosas
que no quieren morir (...).”

Y en el de Francisco Pino, quien permite despedirnos: “...(el corazón) estalla rojo de Adioses.”

Decía Raymond Carver, de quien ya hemos hablado, que “ningún hierro puede despedazar tan fuertemente el corazón como un punto puesto en el lugar que le corresponde”. Su tradición realista se remonta, vía Hemingway, hasta Chejov, a quien tanto admiraba y uno de cuyos personajes, Yona, en el relato *La tristeza*, “escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándose todo.” La máquina de Harvey (“seis dedos de largo por cuatro de ancho”) continuará bombeando sus vitales sustancias en las venas y arterias de la literatura:

“Dentro corre la sangre... la misma sangre de siempre...
la misma sangre roja que circula;
aquí expande y bombea el corazón... aquí todas las pasiones
y los deseos... todos los anhelos y aspiraciones...”

Y, completando los versos de Walt Whitman, sentencia *El Principito*: “lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve con el corazón”.

De casi todo lo dicho hasta ahora trata el exquisito artículo de Ramón Gómez de la Serna, publicado hace ahora setenta años en la Revista de Occidente, titulado *La acinesia y el corazón*:

“La sombra del corazón es más imponente y alargada de lo que el mito del corazón consagra, porque la aorta la da cuello de fantasma.

Los seres se han distraído en discusión de teorías, se han puesto a pelear con las cabezas, y mientras el corazón, su única verdad entrañable que no es anecdótica ni funciona por intermitencias, ha vivido abandonada, como embudo sin cuento, qué mientras, tragaba la vida que le correspondió en suerte.

El corazón sin ambiciones, triste como un pobre en el quicio de un portal, máscara sin pareja, fotógrafo revelador, amante sin persona, recodo en la bajada a los jardines últimos, urna del último suspiro que si no sabía por donde desahogarse, esperaba su nueva hora y la devolución de la poesía que puede expresarse a la vida, la única fortuna verdadera del vivir.

La mira resquicial entre la vida y la muerte está en la acinesia (...).

El corazón vuelve a tener palpitante realidad, como si al fin se hubiese quedado solo porque fue la única soledad que no le pudieron arrancar al hombre los que le arrancaron todos los ideales y le dejaron sin todo lo supuesto.

En la acinesia diré, recurriendo a una imagen que le oí una vez a Ortega, parece el corazón como ‘esos acróbatas cómicos que balanceándose en un trapecio quieren alcanzar el otro que se mueve y parece que no van a poder, y lo intentan varias veces hasta que al fin lo logran’.

Ese instante fatal o cambio de trapecios que repetimos en el corazón, nos da esa posibilidad de saber morir. Nuestra firmeza procede de que oscilamos siempre, interminablemente, nunca demasiado tiempo en el mismo trapecio, en inestable vivir.”

Y continúa el sabio creador de Greguerías:

“Se habían olvidado de la víscera capital, porque todos se habían puesto a predicar el desencanto, a buscar las vueltas a la ilusión para extirparla. Pero el corazón esperaba el retorno a él porque es ilusión sin ilusiones y el engaño fatal del último desencanto como no medie el suicidio que lo inercie y que produzca en él la asistolia, esa palabra desértica que en su sola pronunciación se ve que nada en los vacíos y no hay cosa que hacer en sus regiones (...).

La necesidad del mundo exige esta alimentación del corazón, esta reconstrucción de romanticismos (...).

Hay que alimentar el corazón de cualquier cosa, pero no dejarle con el hambre contemporánea.

Alimentarle de novelas, de ambición de amores, de sueños, de flores, de paseos por la ciudad dedicados al vagar del corazón más que al vagar de las miradas.”

Termina su artículo Gómez de la Serna afirmando que “los misterios físicos del corazón son tan importantes casi como los sentimentales” y ofreciendo una definición del corazón que acaba con el enfrentamiento entre la realidad mecanicista y la no menor realidad literaria:

“Es un cuarto de kilo de carne en que se centra el golpe de tierra que somos”.

Golpe que, paradójicamente, es para Gabriel Celaya, “un corazón no resuelto”.

En definitiva, el corazón, depositario de todas las emociones y cargado de paradojas, ha jugado un papel importante en la obra –y en la vida– de un buen número de escritores, no todos de los cuales consiguieron el éxito literario. No es el corazón latiendo varios miles de veces cada día, vertiendo ríos de sangre cada instante, lo que preocupa al escritor fracasado, que trata de escribir su diario –el diario de un suicida– por encargo en uno de los cuentos de Juan Bonilla, recogidos en *El que apaga la luz*. Lo que le preocupa es el latido que seguirá al último latido, lo que será de ese órgano en forma de corazón a veces hecho piedra, oro, jade, a veces blanco, negro, rojo, dorado. Por eso, toma la siguiente determinación:

“(…) fue a una copistería en la que se abrió el pecho y pidió, con su último aliento, que le hicieran tres fotocopias del corazón.”

Podemos finalizar este corto –y esperamos que ameno– paseo por los senderos del corazón con el gran William Faulkner. Decía en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura:

”Deben enseñarse que la base de todas las cosas es tener miedo: y, enseñándose eso, olvidarlo para siempre, no dejar espacio en su lugar de trabajo más que para las viejas

realidades y verdades del corazón, las verdades universales que necesitan de cualquier historia efímera y condenada —amor y honor y lástima y orgullo y compasión y sacrificio. Hasta que no lo hagan así, trabajarán en la maldición. Escriben no de amor sino de lujuria, de las derrotas en las que nadie pierde ningún valor, y de las victorias sin esperanza y, lo peor de todo, sin lástima o compasión. Sus penas no se condueñen de los huesos universales, no les dejan ninguna cicatriz. Escriben no con el corazón sino con las glándulas.

(...)

El deber del poeta, del escritor, es escribir sobre esas cosas. Es privilegio del escritor ayudar a que el hombre resista elevándole el corazón .”

Que así sea.